

Caso	Contenido básico	Comentario adicional
El tercer hijo	Mi caso de bullying tiene como actores primero a la familia y en segundo lugar a la sociedad. Es el hijo que ocupa el tercer lugar de nacimiento. El primer hijo es varón de tez blanca y bien parecido. El que ocupa el segundo lugar fue una niña, con las mismas características pero con unos enormes ojos negros. Dos años después llega el tercer hijo es un varón que nace, antes de tiempo, con un problema físico del lado izquierdo de la oreja, con bajo peso, morenito y con la cabeza plana de la parte de atrás. De este hijo es del que hablaremos hoy. Como ya lo describí antes, es diferente a los otros dos. Nace el cuarto hijo, también es un varón, pero a decir de la familia, es un niño muy bonito. El tercer hijo, como ya lo hemos descrito, lleva una gran desventaja ante los demás. De pequeño le llamaban Enrique por su gran parecido al personaje de un programa de televisión llamado "Plaza Sésamo". También le decían Juandieguito por prietito, él creció compitiendo siempre con su hermano menor, o sea el hijo número cuatro, que como ya dijimos tenía un gran carisma. El tercer hijo no tenía iniciativa para hacer cosas, sólo copiaba lo que hacía su hermano para superarlo y así demostrar que él también podía hacer lo mismo. Cuando hacían los hermanos una travesura, a quien culpaban era al tercer hijo. Cuando tuvo edad para entrar a primer año no entró por problemas de la familia. A la edad de 8 años por fin accedió al primer grado de primaria, era el más alto. Para el bailable del día de la madre se vistieron de ratones y él se veía muy chistoso por lo que sus compañeros se reían de su disfraz. Él tiene una grabación de pequeño en la que se escucha: Me levanto, me regañan; voy a la escuela, me regañan; mi papá me regaña, mi mamá me regaña. En tercero de primaria lo escogieron para el equipo de volibol, pero como usaba lentes lo sacaron. Para justificar todas sus frustraciones empezó a comer de más y subió de peso, lo que provocó que lo mandaran a un programa para niños con problemas de obesidad. Cuando llegó a la secundaria le salieron muchos granitos en la cara y también eso lo hizo sentirse incómodo. Ya para ese entonces presentaba serios problemas emocionales, lo que lo hacía ser inseguro, estar malhumorado, nervioso, y sobre todo mucho rencor hacia sus hermanos, lo que manifestaba con brotes de violencia repentinos. A pesar de tener en contra muchas situaciones, no se desanimaba porque su objetivo siempre era demostrar que podía hacer las cosas mejor que su hermano. Su hermano aprende a manejar a los 14 años, él también aprende y le enseña a otros. Su hermano sale en un vals de quinceañera, él se hace novio de la quinceañera. Su hermano pide permiso para llegar a la 1 de la madrugada, él consigue permiso para llegar a las 2. Aunque trata siempre de salir adelante, tiene sus momentos de depresión. A veces no nos damos cuenta del daño que les hacemos a nuestros hijos, hasta que alguien nos lo dice, o si hacemos un momento de reflexión y concluimos el porqué actuamos de alguna forma o de otra. Es que para papás no se estudia. Hoy en día sigue compitiendo a ver quién es mejor. Estudia ingeniería civil. Es muy bueno para las matemáticas. Es muy noble y muy cariñoso. Pero siempre está pendiente, a ver qué hace su hermano, para superarlo.	El personaje es hijo de la maestra que relata. No reporta grandes momentos de sufrimiento, pero es muy ilustrativo de una situación muy común: sufrir discriminación por el color de la piel y por considerarlo "feito".

Ya tengo nueve... Resumen previo: El inicio del texto no se incluye, trata del: recuerdo del odio y miedo a su padre, quien golpeaba a su madre y generaba una situación de gran estrés en la madre y la niña. Durante ese periodo tiene que cambiar de casa y escuela a causa de momentos de unión y separación entre los padres. La primera parte sucede en una escuela y la segunda en otra.	Tercer año de primaria. Ir de la “Melchor Ocampo” a la “... Villaseñor” quién sabe qué Villaseñor. Aún cuando han pasado más de veinte años de eso y la escuela está a una calle de casa de mi madre (misma que habité hasta hace cuatro años), no sé cuál es el nombre de la escuela. No me interesa, nunca fue mi escuela. Nunca fui de la escuela. Cuando salimos de casa del tío, dejé una amiga. Una primera amiga. Una única amiga en esos años de vida. Duramos poco. Unos tres meses. O dos. Quizá uno. No recuerdo en meses. Pero sí recuerdo la intensidad de la primera relación amistosa en mi vida. Éramos la una para la otra. Diría que estaba yo cuasi enamorada de Karlita. Era bonita y limpia. Y brillante. Como yo. Sólo que yo era feíta y despeinada. A ella la procuraban. A mí me descuidaban. Simplemente, nos tocaron historias diferentes. Al fin que si no me iba yo, se iba ella. Al fin eso iba a pasar. Porque su familia se iba a cambiar de casa. Y me fui yo. Pero regresé. Con más pena de la que me fui. Mis padres, esta vez para siempre (creía yo) se separaban y nunca lo volvería a ver. Eso se habría convertido en una buena noticia. Pero no lo fue. Y haber vuelto fue molesto. Como haberme ido. Tengo un maestro. Que carga algo atroz en su enorme y descomunal panza, algo que no le permite respirar bien. Se llama Indalecio. Tiene los ojos verdes. Es blanco. Y cuando se enoja, rojo. Cuando me mira es de color rojo. Y sus ojos se dilatan. Como si sus pupilas fueran a estallar. No sé qué le molesta más de mí. ¿Será mi miedo? ¿Se sentirá identificado con mi miedo? ¿Será mi pesadez, similar a su enorme panza? ¿Será que soy muy mala para la escuela? ¿O que generalmente estoy ausente? De cuerpo presente. De mirada y pensamientos ausentes. ¿Será muy malo sacar cero, uno, dos, tres? ¿Será frustrante que alguien de ocho años no entienda lo que dices? ¿Será desesperante tratar con alguien con algún grado de retraso mental? ¿Será muy difícil intuir que no es eso, sino que solamente está muerta de miedo? Para él sí. Eso es lo único que puedo responder. Para él es incomprensible. Mi miedo es incomprensible. Y yo diría que le frustra. Y no lo soporta. Le humilla mi incapacidad de aprender. Le humilla porque él es el maestro. Y no importa cuántos exámenes me rompa en la cara, no importan sus gritos y su necesidad de desbordar su odio contra mí. Es odio, no estoy exagerando. No importa nada, porque sigo sacando las peores calificaciones del grupo. Y le enoja. Yo trato de explicarle. Que mamá me dice que si no paso año me va a mandar con Álvaro, mi padre. Mi peor enemigo. El mal representado. El demonio. Mamá cree que no merezco vivir con ella si repruebo año. Y a mí me abrumba. Yo también creo que no merezco vivir con ella si no paso año. Porque ella es buena, trabajadora, hermosa... ella brilla. Y nadie que repruebe tercer año de primaria merece vivir con ella. Parece que este año todo puede cambiar. Como siempre que inicia el ciclo escolar, llegan miles de esperanzas de una vida mejor a mi cabeza. Quiero, esta vez sí... quiero estudiar, llegar temprano y peinada. Quiero sentarme con los más aplicados. Quiero tener muchos amigos. ¡Ay! No, tampoco este año las cosas fueron bien. Sigo sin ser una buena estudiante. ¿Por qué no estudio? ¿Por qué no entiendo? ¿Por qué esta vez (otra vez) no pude sacar diez?	Relato autobiográfico, escrito más de 20 años después. La autora es profesionista y recuerda su vida. Es de origen indígena, aunque la historia escolar sucede en la Ciudad de México.
---	---	---

	Al contrario, me sentaron sola con otros para quienes el diez es muy, muy lejano. Esta vez mi compañero de asiento es hombre. Por primera vez en la escuela. En general, y dada mi inadaptación social, me sentaba sola. Salvo cuando me senté con Karlita. Yo no escogí sentarme con él. Es la fila de los burros. Ahí me toca. Y éste que está al lado es otro que se enoja mucho. Él es muy moreno. Tiene nueve como yo. Está más feo que yo. Usa botines, como el ser odiado que es mi padre. Ya lo odié por los botines. Él también se odia. Nadie lo quiere. Nadie estaría sentado junto a él, de no ser porque yo estoy aquí. Me jala el pelo. Me pateo. Me pega. Siempre me pega. Todos los días me pega. Me pide la tarea, pero no la hice, y me pega. Me pregunta la maestra, y no contesto, y me pega. Le caigo muy mal. Yo no creo que deba pegarme. Pero nadie dice nada. Y yo no puedo hablar. Nunca puedo hablar. Ya no va a ser como en tercero, cuando mis compañeros me veían llorar y se burlaban. No voy a llorar. Pero como no puedo hablar sin llorar. No voy a hablar. No voy a decir nada hasta que se den cuenta. Si está mal, alguien lo verá. Y lo dirá. Yo creo que está mal, pero no me doy cuenta cuando vuelve a pasar. Sólo porque me duele, pero siempre pienso que mañana va a ser diferente. Y no es. El tiempo se irá pronto... y cuando llegue quinto, esta vez sí lo haré. Estudiar, llegar temprano, peinada, desayunada, limpia, y voy a tener amigos. Y se me va a quitar el miedo.	
Fue en el 99. Elia decidió contar esta historia después de sentir la confianza que se había construido durante el diplomado de bullying. No le era fácil hablar, se sentía culpable de haber sido tibia frente a la agresiones que sufría Rafael. Conviene recordar que el caso se da en una sociedad muy conservadora. Ella misma tuvo mucha dificultad en hacer público su embarazo cuando en esa época se hizo amiga de Rafael.	Fue en el 99, en el laboratorio de Química Orgánica. El maestro conformó equipos de trabajo, así que mi compañero de prácticas fue Rafael. No me agradó tanto que me separaran de mis amigos, pero mi nuevo compañero me pareció responsable, eso era suficiente por el momento. Conforme trabajamos me di cuenta que así era, pero al salir de las prácticas no faltaba que mis amigos me molestaran diciéndome que mi compañero parecía niña, que era amanerado, que si platicábamos de maquillaje. A mí, eso no me importaba, cada día me parecía más agradable estar con él que con el resto de mis compañeros. Además coincidió que vivíamos muy cerca y al salir de la universidad siempre nos íbamos juntos. Así nos hicimos amigos. Cuando el siguiente cuatrimestre comenzó, elegimos muchas clases juntos, lo que a algunos de mis compañeros les molestó. Cuando nos pidieron que hiciéramos equipo, Rafael fue el único que no consiguió compañero. Nadie quiso hacer equipo con él, y ahí comenzaron los problemas. Los inició el mismo maestro quien le pido que trabajara solo porque nadie quería estar con él. Así, varios cuatrimestres trabajó solo, ya que me asignó a otra compañera de trabajo. Cada día saliendo del laboratorio, esperaban a Rafa, un grupo de “hombres” para cantarle “<i>living la vida loca</i>”, chiflarle o aventarle flores, o lo que tuvieran a la mano. En un principio no lo notamos pero no sólo se la cantaban, sino que detrás de nosotros siempre venía uno que lo arremedaba caminando amaneradamente, burlándose y diciendo: “ay, sí mana, vamos”, “perrassss”, un sin fin de tonterías.	Es un caso que muestra la fuerza del prejuicio hacia las personas con preferencias sexuales diferentes. Esta fuerza puede ser muy fuerte, no sólo entre los heterosexuales sino entre quienes tienen preferencias homosexuales no confesadas. El caso sucede en el nivel universitario.

Recientemente Elia me comentó: “cuando les confesé a mis padres que estaba embarazada, mi madre me dejó de hablar durante meses asegurando que había tirado a la basura la oportunidad de ser profesionalista”	Nunca hacíamos caso. El maestro en clase también les seguía el juego a los tontos con comentarios absurdos. Cuando comenzamos a aprender a sacar sangre el maestro decía: “aguas con los maricones, les gustan los piquetes, no los vaya a picar Rafael, ¿quién quiere que lo pique Rafael?” “ Él nunca mostró que lo molestara, sólo los ignoraba. Un día nos preparábamos para entrar al laboratorio y fuimos a los casilleros. El mío y el de él se encontraban juntos, sólo que el suyo cada día estaba más decorado. Comenzaron escribiéndole, gay, luego puto, le ponían flores, o recados que decían: “¿cuánto por un trabajito?”. En una ocasión al ir por las batas para entrar al laboratorio vimos que su candado estaba roto, lo abrió rápido y no, no le faltaba nada, estaban sus libros y material completos. Lo único diferente era que su bata no estaba, había en su lugar una de color rosa. Él trató de explicarle la situación al maestro, pero sólo respondió que por reglamento era obligatorio el uso de la bata y que si la suya era rosa, pues que se la pusiera. Salí con él del laboratorio, regresamos a los casilleros, yo me puse la bata rosa y el entró con mi bata blanca. Era obvio que el profesor le seguía el juego a la gente que lo quería molestar. Días después encontramos su bata en un casillero por lo que identificamos quien era el autor de la bromitas y los recados. Era un compañero, de quien sólo recuerdo que todos lo llamaban “Ocegueda”. Era el clásico macho que hablaba de estar con muchas mujeres y a cuanta compañera conocía la invitaba a salir. No era guapo, más bien un patán que siempre se las arreglaba para hacer comentarios machistas. Una vez, tras tres cuatrimestres de amistad y de bromas absurdas, le pregunté a Rafael: “¿no te molesta que te hagan todo lo que te hacen? Ya basta, ponles un alto”. Él respondió: “Sí claro, más que molestarme me duele. He pensado en cambiarme de carrera, en no venir, en desquitarme, pero mi vida desde la secundaria siempre ha sido igual, y es que sí soy gay”. Yo nunca antes le había preguntado, fue un momento de mucha complicidad. Él obviamente estaba ya lastimado asumiendo que todas y cada una de las bromas y comentarios los merecía. (Elia aprovechó esa ocasión para también comentarle que estuvo embarazada y que ahora tenía un bebé) Extrañamente, nuestro grupo de amigos creció y llegamos a ser 8 personas inseparables que a la fecha nos frecuentamos. En el grupo hay otro hombre gay y una niña lesbiana, “Ocegueda” jamás dejó de molestarlos. Un día al salir a las 9 de la noche de la universidad, iban sólo las 3 personas gay del grupo y les pegaron 6 personas que no reconocieron. Sólo recuerdan que les decían putos, y una bola de leperadas. Nuestro principal sospechoso era “Ocegueda” quien no importando que ya estuviéramos por terminar la carrera, siempre encontraba como seguir molestando a Rafael y a los otros dos del grupo. No hace mucho, en la inauguración de un antro gay, al cual fui con Rafael, tuvimos el asombro de nuestra vida, al encontrarnos a “Ocegueda”. La sorpresa mayor fue que lo vimos besándose con otro hombre. Me acerqué y lo saludé, Rafa no lo hizo, ni dijo nada. “Ocegueda”, no supe ni cómo, se fue entre la gente. Rafael me dijo, yo siempre lo imaginé.	
---	---	--

La violencia para controlar al grupo.	En este caso el acoso es ocasionado por el docente, ya que él es quien provoca la violencia dentro del aula, hasta el grado de que el alumno trate de agredir físicamente al profesor. Esto se desarrolla en una institución particular, en los segundos años de secundaria, grupos en donde él tiene la confianza y el control para realizar estas dinámicas. La actuación del profesor era inconsciente del daño o secuela plasmada en el alumno, ya que lo único que buscaba era mantener la disciplina del aula y una participación adecuada de los alumnos hacia la clase. Dentro del reglamento de clase que el docente establecía junto con sus alumnos se encontraba la de dar pamba colectiva (golpear con la palma de la mano la cabeza de un alumno) a quien estuviera interrumpiendo la ponencia del profesor o cuando alguno de ellos participara dando una opinión incoherente o fuera del tema, quien estuviera platicando, el que se pusiera de pie sin permiso, el último en sentarse, etc. A esta actividad le llamaba “terapia” Además de aventar el borrador o los plumones a los alumnos distraídos. El Mtro. establecía una máxima de Maquiavelo... “Que para mantener el orden entre los principados y entre sus gobernados, hay que imponer respeto a través del terror”. El profe no bajaba puntos, no reprobaba, ni amenazaba, sólo aplicaba el reglamento del salón, si no querían ser agredidos, violentados, pues deberían mantener orden, pero siempre había alguien que se dejaba llevar por sus impulsos y se iniciaba la violencia; en donde ante la indicación del Mtro. todos corrían al lugar en el que se ubicaba el niño que le correspondía la terapia para aplicársela, sólo se dejaban, pues no existía opción, esperando recibir una lluvia de golpes sobre su cabeza. El Mtro. hacía un conteo de tres para terminar la famosa terapia, y el último en llegar a su asiento se hacía acreedor a una terapia más... En ocasiones, había compañeros que no aguantaban la terapia, con sigilo y discreción se limpiaban sus lágrimas... Todos los varones participaban en este acto, y todos en algún momento del ciclo escolar recibimos una madriza (terapia), igual participábamos por diversión, porque era una sensación de adrenalina correr, pegar y regresar lo más pronto posible a tu banca para que no fueras seleccionado ante la mirada del profe. Esta dinámica del profesor de mantener orden, ocasionaba rivalidad entre los alumnos, ya que sabían a quien pegarle con fuerza y a quien no, por lo que algunos compañeros ya no se dejaban y empezaban las riñas fuera de clases, para eso el profe les indicaba que debían aceptar la responsabilidad de su indisciplina, de sus actos, fuese la incidencia que fuese, así que recibía su dotación de manotazos en su cabeza, creando rencor e ira hacia el profe y hacia sus compañeros. Las niñas no participaban en estos actos, pero con tan sólo observar el desmán provocado por sus compañeros a la orden del Mtro., era más que suficiente para estar tranquilas y atentas en sus pupitres, anonadadas por el espectáculo, sólo esperaban que continuara la clase, algunas atemorizadas, inseguras de participar. Pero no existía alguien que dijera que la actitud del profe era incorrecta, que nos dañaba. También existían niños que les daba igual. El Mtro. era inteligente, sabía bastante de historia y hacía en algunas ocasiones muy interesante su clase, pero la mayoría de las veces nos aburría por lo mismo de que sabía de todo, fechas, personajes, acontecimientos, libros, etc. No dejaba de hablar y de llenar de esquemas el pizarrón. Lo mejor era cuando hacía actividades y pedía participaciones porque sólo estábamos a la expectativa de quien cometía un error para salir corriendo de nuestro lugar y plantarle un golpe en la cabeza. Creo que la mayoría de los compañeros esperábamos con ansias la clase y no tanto por la excelencia sino por la	El maestro que nos presentó el caso, acudió al diplomado sin tener conciencia de la violencia que implicaba este caso. Al entender más sobre la naturaleza y violencia humanas, comprendió su importancia y decidió contarle. El propio maestro hace una reflexión sobre su caso basado en el texto de René Girard referenciado: “Este problema lo analizo bajo la perspectiva de la teoría mimética en donde las relaciones humanas son normalmente conflictivas, competitivas, violentas y sólo, ocasional y esporádicamente tranquilas o no conflictivas. Violencia que podemos llamar natural. El deseo humano es de carácter mimético, y el objeto en disputa va desde una postura metafísica (orgullo, prestigio, honor, etc.), personas, territorios, o alguna cosa. En la adolescencia la rivalidad carece de empirismo, es posicional, disfrazada de celos, envidias, alianzas, pertenencia a un grupo. La imitación del deseo de otro, copiar el deseo de otro por un objeto, ese deseo se vuelve violento por la rivalidad de obtenerlo. Triangular en su estructura: un sujeto desea un objeto porque le es señalado por un modelo- la distancia entre sujeto y modelo es muy importante... El deseo por el objeto que es el control de grupo, lleva a los alumnos a imitar a los demás para mantener el orden generando violencia, es decir, aceptan y quieren reprimir
---	--	---

	diversión. En clase, para poder tomar la palabra y participar se tenía que levantar la mano, así el maestro otorgaba el derecho de hablar. Un día en clase, Kevin, un alumno muy inquieto, que siempre era <i>terapiado</i>, y que sólo en la clase de Historia permanecía atento y participativo, (ya que quien reuniera más de 20 participaciones exenta el examen mensual) intentó ganar una participación más pidiendo la palabra, pero su hiperactividad lo hizo hablar antes de que le concedieran el derecho, a lo cual se hizo acreedor a una terapia, dando la señal inmediatamente el profesor a lo que correspondimos rápidamente golpeando a Kevin fuertemente. Kevin era un niño delgado y güero de ojos grises, cuidaba mucho su aspecto personal, querido por las niñas de la escuela por lo mismo, pero siempre trataba de llamar la atención en el salón, se paraba, molesta a las niñas, platica exageradamente, grita, avienta papeles y más. La mayoría de los mtros mantenían ocupado a Kevin para que no hiciera desorden. En esa clase, la de historia, después de haber sido golpeado Kevin, a lo cual ya esta acostumbrado, se puso rojo, rojo, rojo, (los maestros le decían Kevin el Rojo), y con voz fuerte respondió: ya no vuelvo a participar, si quiere repruébeme. El Mtro. Mencionó que todo a su tiempo, y el momento de participar es levantando la mano hasta que se te de la palabra, no hablando y dando respuestas al aire. La clase continuó y Kevin actuó indiferente, hasta que otro alumno contestó fuera de contexto, se sentaba al extremo del salón contrario a Kevin, nuevamente el Mtro. da la indicación y salen veloces a golpear a la próxima víctima... “Uno... Dos... Tres...” todos regresan a sus lugares, Kevin vuelve a ser el último, el Mtro. Da nuevamente la indicación... “Uno... dos... tres...” esta vez Kevin no se dejó y pateó a sus compañeros, el Mtro. nuevamente da la orden, (nos teníamos que dejar), lo golpean, Kevin llora de coraje y corre hacia el profesor, sus compañeros lo detienen, su aspecto fue de odio, rencor, iba directo a enfrenar al Mtro., su intención era golpearlo. El Mtro. “Profesional de la educación”, dio la orden para que lo soltaran, lo soltaron sus compañeros, el profesor desconcertado mencionó: “Sabes las reglas, no tienes por qué molestarte, yo no te fui a traer a tu casa para soportarte, así que si quieres puedes irte, si te quedas tendrás que atenerte a lo establecido desde el inicio del ciclo escolar. Ahora, si te sientes mal, puedes salir y nos vemos en la siguiente clase si así lo deseas...” Así como el caso de Kevin, existieron varios, era una estrategia que el maestro tenía presente y que establecía en cada inicio de ciclo escolar. Nadie lo reportó, ni lo denunció, creo que por lo mismo de que aceptábamos el reglamento de clase y todos participamos en él. De hecho él tenía prestigio en la escuela, era uno de los mejores, sí, todos lo respetaban, puede ser el temor a que no nos creyeran, pero aún así nos gustaba su disciplina.	a quien quebrante el estado de cosas. Ante este estado de cosas las interacciones sociales son un lenguaje ritual producto de la violencia enmascarada que conduce a los fenómenos del famoso “Chivo expiatorio” estableciendo una simetría violenta: imitando relaciones de reciprocidad, ocultan sus miedos a autodestruirse en una rivalidad sin fin, en donde el profesor era el intermediario entre los jóvenes. Se imita la violencia de todos contra todos, imitando la violencia del otro, en un todos contra uno que es resultado de las simetrías sociales conflictivas. Tal como son relatados los mitos de persecución que el propio sistema genera, limita las oportunidades y genera el auto-odio (por frustración, incompetencia, fracaso, etc) es dirigida mecánicamente a la víctima más cercana y accesible. Todo esto presente en este caso y manifestado hacia la persona de Kevin, no solo siendo el único afectado. Por lo que la rabia del deseo frustrado, que debería ser dirigida directamente al Sistema que los oprime, es dirigida en su lugar hacia los miembros del mismo grupo”.
--	--	---